



POESIA POPULAR

~~~~~  
COLECCION

DE LOS

VIEJOS ROMANCES QUE SE CANTAN POR LOS ASTURIANOS

EN LA

**DANZA PRIMA, ESFOYAZAS Y FILANDONES**

RECOGIDOS DIRECTAMENTE DE BOCA DEL PUEBLO

ANOTADOS Y PRECEDIDOS DE UN PRÓLOGO

POR

JUAN MENENDEZ PIDAL



MADRID

IMPRENTA Y FUND. DE LOS HIJOS DE J. A. GARCÍA

Calle de Campomanes, número 6

1885



---

## AL LECTOR.

---

Todavía me complazco en recordar la hermosa mañana de primavera, cuando en un meson de la villa de Grado calzaba yo las altas botas, vestía la holgada angorina impermeable y el fieltro de anchas alas, mientras un caballo, amarrado á un poste, aguardábame impaciente para ser mi inseparable compañero en la série de excursiones que iba á comenzar.

La atmósfera de la industria, el humo de las fábricas y el ambiente tÍbio y perfumado de los salones me ahogan. En las alineadas calles de las poblaciones y en sus artificiales paseos, donde la concurrencia numerosa se mueve monótona y automáticamente en una misma direccion, señalada por esa ley ridícula de *las conveniencias sociales*, padezco la melancólica nostalgia del desterrado. Para mi vida necesito aspirar los agrestes aires de la montaña y ese ambiente de libertad y honrada sencillez en que vive el campesino.

Cuando al paso por el mundo hallo un poeta, mi espíritu se regocija, pues creo hablar á un viajero que viene de mi Patria: si le oigo relatar alguno de sus cantos, figúrome escuchar algo de lo que pasa en ella.

Mi Patria es ese mundo que muchos creen ilusorio, donde el amor es puro; donde el dolor y la pena no son más que el santo perfume de un alma que se purifica; donde la dicha es el místico arrobamiento y el éxtasis ante las bellezas creada é increada, y donde moran esos séres de luz y esos fantasmas con quienes conversó en dulces coloquios mi espíritu durante los felices años de la niñez.

Yo no esperé orgulloso que la inspiracion viniera á mí; que se dignara llegar al ignorado rincon de mi gabinete, encerrado en cuatro muros que le aislan y apartan de la naturaleza bella: yo fui á buscar la inspiracion humildemente donde quiera que ella se ocultase, peregrinando hasta merecer sus favores en los áridos caminos que conducen á sus santuarios. Tal era el objeto de mis excursiones por el antiguo Principado de Asturias.

Y trepé á los altos puertos de la *Mesa y Somiedo*, en cuyas fércas vegas pacen los rebaños de ovejas desrabortadas: allí admiré los blancos vapores de la niebla dormidos en las cuencas de aquellos desfiladeros, como un mar sin murmullos y sin ondas, y sentí sobre mi frente el salvaje graznido del águila que batia sus combas alas con estruendo. Dormí en la cabaña de bajas paredes y empinado techo de yerba, palacio del pastor que allí con la soledad vive feliz en la estacion florida, cuidando de los hatos que giran y evolucionan obedientes á su capricho, siquiera oigan lejano el eco de su rústico silbido resonar en las llanuras de *Cerveriz*, en la lúgubre *Sebérnia* ó en las alturas de *Picos Altos*: y aprendí del rabadán que, en las largas y claras noches de verano, conversa con las estrellas como los Patriarcas de la antigua ley; mide el tiempo en los movimientos de la Osa Mayor, y adivina las variaciones atmosféricas, observando ya el zumbiar de los insectos, ya el

cercos luminosos que envuelve en ocasiones á la luna, ó los giros y emigraciones de las aves; y cuando la *flor de espanta pastores* asoma sus violados pétalos en las ya místicas praderías, abrigase en su zamarra de pieles, y guiando los apretados rebaños, atraviesa los puertos y emigra á Extremadura huyendo de las nieves.

Por senderos abiertos en la roca y colgados sobre el abismo, descendí á los clivosos pedregales que conducen al valle de Éndrigo, llevando del cabestro á mi caballo que alzaba la cabeza y dilataba sus grandes ojos al resbalar entre las guijas: y allá en la cumbre de la montaña opuesta, dormidos en las cuencas de calizos roquedales, sorprendí los lagos de *Camayor*, sobre cuyas aguas, verdinegras y brillantes como espejos mágicos, danzan los duendes la noche de San Juan, y las calvas montañas asoman, para mirarse, sus descarnados esqueletos.

Desde las alturas del *Pajares* oí estallar á mis piés la negra tormenta, mientras la luz del sol henchía los horizontes en que yo respiraba.

Subí á los *Picos de Europa*, habitacion del gamo corredor y del corpulento oso; y á cada cerro, á cada monte que iba ganando, asomábame á un nuevo precipicio, á uno de esos sombríos y medrosos abismos donde el más leve rumor despierta los gigantes ecos que duermen en las concavidades de las rocas y huyen, al despertar de improviso, con estruendo semejante al de un ejército en alarma; y ascendí adonde los vértigos giran tenaces en derredor de uno hasta que consiguen rendirle en el mareo; donde el precipicio, siempre abierto, le fascina y atrae como la boa al colibrí pintado, y donde las ventiscas invisibles danzan sobre la nieve cual desordenadas bacantes, levantando revuelta polvareda.

Llegué á las más apartadas montañas del Occidente, y, entre largas y tajadas cordilleras de negras rocas en

que las eternas nieblas rastrean, vi alzarse las adustas *brañas* del *vaqueiro de alzada*, ostentando en cada portal, como trofeo de todas sus empresas, el repuesto zurrón, el rústico colador de asta de buey y el amarillo odre puesto al sereno para cuajar la leche.

Atravesé el umbral de la mezquina puerta donde reposa tranquilo el despeluznado mastin que, armado el cuello con la carlanca erizada de férreas puntas, vela por el bien de las familias como el dios tutelar de aquellos lares; y hablé con el *vaqueiro*, tipo celta, de cabeza abultada, ancha frente, ojos azules y largos brazos; estudié sus costumbres singulares, sus raras tradiciones, y en la época para él de emigracion vile aprestar los ganados introduciendo en sus orejas gotas de cera con la *vela tenebraria* para librarlos de los maleficios; y precedido de los perros, acompañado de las tribus, llevando al tierno hijo en las astas del manso buey, que con monótono balanceo le presta en ellas blanda cuna, contemplele dirigirse á sus caseríos, envuelto en la manta de tosca gerga, cabalgando sobre el pequeño y andador caballo que recuerda al *Panchates*, célebre entre los célebres *asturcónes*, y distrayendo las horas del camino con agrestes cantares que acompaña el bronco esquilón de la res que guía la manada.

Atraído por las narraciones y el misterio, penetré en las grutas escondidas donde continuamente se oye el gotear del agua en filtracion, albergues de *cuélebres* y mónstruos que la imaginacion se finge ver apegados á la dura roca durante las horas del desencanto, al observar las caprichosas formas de las estaláctitas que adornan la techumbre; y más adentro, allá en el ignorado fondo, oí retiñir las copas del perenne festin en que pasan su encantada vida damas y caballeros convertidos en fantasmas al mágico poder de los moros dueños de aquellas vanas soledades á que los relegaron los hé-

roes de la cruz despues de haberles arrancado el último quíñon de tierra castellana, obligándoles de nuevo á vivir en ella en el mundo de la fantasía, porque no dejaran de darles ocasion á heróicas empresas en que los vencieran nuevamente.

Me interné con la luna en las soledosas arboledas donde brotan escondidas fuentes, mansion de las *Xanas*, fantásticas lavanderas de madejas de cristal que enjungan al débil rayo del astro nocturno; templé mi frio en el amplio hogar del labrador y oí á éste referir seculares narraciones y supersticiosas creencias; y en las prolongadas siestas del verano, amparado á la sombra proyectada por el ancho alero del *hórreo*, descansé al lado de la octogenaria anciana que, encorvada como una grulla, sombreada su arrugada faz por la blanca toca de lienzo y agitando en la descarnada mano un ramo de laurel para ahuyentar las moscas, iba deslizandose en mi oido, con voz temblorosa y apagada, cuentos de reinas moras y hadadas infantinas; de nobles damas y princesas que en las fuentes del bosque tocaban con peine de oro sus cabellos, ó al dintel del palacio hilaban el albo copo de lino, torcian rica seda ó labraban finos paños.

Dias para mí felices y por mí nunca olvidados serán aquellos en que recorrí mi provincia en todas direcciones, estudiando sus costumbres inveteradas y sus legendarias tradiciones, descubriendo veneros de inspiracion inagotables. Disculpádmeme por ello tan larga digresion. Penoso me seria haber renunciado á haceros partícipes, siquiera por imperfecta manera, de tan gratas emociones como entonces regocijaron mi alma; que el espíritu humano, lo mismo en los grandes dolores que en las inefables alegrías, necesita hacer uso de la expansibilidad para completar su dicha ó amenguar su pena, librándose así de la tortura del secreto.

Entonces nació en mí la idea de escribir y publicar dos obras en que aún no se habían ocupado los escritores provinciales, y que juzgué de necesidad urgente, ya por estar próximos á desaparecer en el olvido los elementos indispensables á su formación, ya porque tales investigaciones habían de esclarecer puntos, harto oscuros, en la historia particular del principado. Son las obras á que me refiero la *Historia de los mitos y supersticiones populares*, y este ROMANCERO pecador que hoy sale á la luz pública.

Esas altísimas cumbres cuya cima jamás fué hollada por la planta del hombre; esos bosques llenos de misterio é impenetrables; esas grutas donde la mirada se abisma en las tinieblas; esas fuentes cuya oscura linfa se oculta en las grietas de un peñon salvaje; en el horror de la humanidad al vacío, á lo desconocido y al misterio, fueron poblados por la imaginación popular de seres también vanos é ignotos, calmando así con el engaño de las ficciones su afán inagotable en conocer y adivinar lo que había en tan inescrutados parajes. De esa manera se explica por la naturaleza del paisaje y la topografía de un país, el mayor ó menor número de mitos y personificaciones supersticiosas, y hasta sus formas y propiedades, como así bien la perpetuación de las añejas prácticas y constantes tradiciones.

Aislada Asturias del resto de la Península por dilatadas cordilleras de montañas, guardó incólume su independencia en otros siglos, como hasta hoy rasgos característicos de pasadas civilizaciones y usos de otras edades.

El que visite una de nuestras aldeas más apartadas, creará hallarse aun en plena Edad Media. Todavía verá la casa del fidalgo con sus blasonados escudos; mujeres que visten blanca toca, y ancianos que aun peinan coleta, protestando no haber sido rasurados en señal de

servidumbre: oirá hablar la ruda é incipiente habla de Berceo y Lorenzo de Segura; verá los vecinos congregados á campana tañida reunirse en *concejo* para tratar del procomun; y oirá resonar en las cañadas y en los valles canciones romancescas, al moverse la tradicional danza en redor de la bizantina iglesia el dia del Santo Patrono.

¡Y qué tiene de raro que un pueblo como éste, apegado á las rancias costumbres y exento al influjo de las corrientes nuevas, como si las oleadas de la moderna civilizacion y los torrentes invasores de extraños pueblos fueran detenidos y se estrellaran contra los muros de granito allí levantados por la naturaleza; qué raro es, digo, que conserve ese pueblo en su memoria muchos de los viejos cantares, ecos lejanos de otras eras, cual si el verbo de la Media Edad, surgiendo en las ruinas de conventos, burguesías y castillos, aun gimiera en los siglos protestando contra la extincion del espíritu nacional y las virtudes caballerescas?

Hijos espúrios, esos cantares despreciados de los nobles y potentados, recorrieron los pueblos, envueltos en humilde traje, siendo compañeros inseparables de los menesterosos y alegrando sus horas de holganza despues de las rudas faenas del trabajo.

Y aun hoy suenan en labios de nuestros montañeses. El labriego, en tiempo de la siega, vuelve contento á su casa guiando la bizarra yunta; y mientras la carreta rechina con monótono y prolongado gemido al peso de la yerba bien oliente, él la ahijada al hombro, y el alma adormida en gratos recuerdos, entona los amores de Gerineldos y la Infanta al són de *La bendita Madalena*. La vieja de atezadas carnes canta á media voz, en tanto que atiza el consumido fuego del hogar, la doliente historia de Delgadina, que desfallece de sed, prisionera en las torres de su perverso padre. El pastor

que á la puesta del sol recorre las sombrías callejas del monte, anima la infinita calma del crepúsculo con la monótona canturia de *El Galan d' esta villa*: y mozas y mozos en las ruidosas *esfoyazas*, cuando enristran la dorada panoja del maíz, ó en los nocturnos hilanderos mientras la nieve cubre vegas y cañadas y el viento silba en el ahumado cañon de la chimenea, conciertan en robusto coro el romance de *El Conde Flor*, ó el que narra la temprana viudez de la inocente *Doña Alda*.

Mas desgraciadamente, los rápidos y abundantes medios de comunicacion, y la idea de cosmopolitismo encarnada en el siglo décimonono, matan el espíritu provincial. Las oleadas de la *civilizacion* y las corrientes nuevas, salvan la barrera de montañas é inundan este rincon de la Península, borrando lentamente con su paso las venerandas reliquias que de antaño conservaba.

El pueblo se transforma y nace á nueva vida; que todo le aparta de sus tradiciones, y apenas le quedan para alimentar su aficion perenne por lo sobrenatural y lo caballeresco, sino la vagabunda gitana que en la plaza del mercado público enseña, empinada en una tarima, *los pajaritos sábios*; el desvergonzado *ciego*, degenerado descendiente por línea recta del juglar, que llevando en el estandarte de hule pintadas las escenas de un crimen, las canta con voz descompuesta al unísono del desvencijado violin; y el almidonado charlatan, albardan y baratero en una pieza, que arroja por la boca lino incandescente y cintas de colores, para atraer la concurrencia milagrera que ha de comprar sus drogas hechas con *yervas de la Arabia* y *grasa de leon del desierto*.

El dialecto *bable* entra en descomposicion lastimosa: las originales usanzas y los pintorescos trajes parecen ya ridículos á los mismos provincianos; la alemana *pol-*

ka y la *habanera* disputan sus derechos á la *danza prima* y á la *giraldilla*; la tropical *petenera* popularizase en todas las regiones y, cual débil flor trasplantada, languidece bajo el sombrío cielo del Norte en lábios del hijo de Astúrias ó Galicia; é insulsas cantinelas y picarescas tonadillas, sustituyen poco á poco á los tradicionales romances cantados en tono grave y melancólico.

Cinco lustros más, y estarán olvidados por completo.

Yo sorprendí los viejos cantos del cisne popular ya moribundo; y cábeme la honra, aunque inmerecida, de perpetuarlos, presentando en público este ramillete de silvestres flores crecidas en el olvido de apartados lugares y brotadas, sin cultivo y espontáneas, en tierra vigorosa y fértil.

Con los romances que hoy publico, completarase en gran parte y se enriquecerá sobre manera el inapreciable tesoro del *Romancero castellano*; que, en su mayor número, los contenidos en este volúmen no se hallan comprendidos en ninguna de las múltiples colecciones hasta la fecha publicadas: y á los que no son por completo originales, puede aplicárseles este calificativo si se tiene en cuenta que son variantes más antiguas unas, y otras más cabales y de mayor importancia.

Ya el perspicuo D. Agustín Durán habia fijado en ellos su mirada de lince, publicando dos solamente en su monumental *Romancero*: y Amador de los Ríos, que en la *Revista Ibérica* dió á conocer algunos otros por él recogidos en un viaje que hizo por nuestra provincia, proyectaba, con nuevas excursiones, la formación de una obra más completa.

Deploro con toda mi alma que hombres tan ilustres no hayan podido llevar á cabo, cual era su propósito,

empresa tan digna de sus talentos y laboriosidad; porque de tal suerte, mucho hubieran ganado la literatura y la historia pátrias.

Dándolos hoy á la luz pública, propóngome no solo arrancar al olvido documentos tan preciosos para la historia literaria, sino así bien contribuir con mis escasas fuerzas á despertar aficiones hácia la poesía popular, que encierra en formas rudas y triviales inextinguibles veneros de inspiracion, ajena siempre á retóricos y amanerados pulimentos.

Clarísimos poetas de todas las Naciones no se han desdeñado en beber de tan puros manantiales; y en sus imprecaderas obras percíbese el sabor popular, ya en el fondo ó en la forma.

Goethe, Heine, Vogl y muy especialmente Augusto Hoffmann y Uhland en Alemania; Walter Scott y Campbell en Inglaterra; Gerard Nerval en Francia; Almeida Garrett y Herculano en Portugal; y en España Balaguer, Augusto Ferrán, Becquer, Silió y entre todos Verdaguer, se inspiraron en aquella poesía, adivinando sus ocultos resortes y misteriosos encantos, y eligiendo sus fábulas y novelas como base y pauta para nuevas creaciones.

Unid al candor del niño la más fiel expresion del lenguaje secreto de las almas; los más íntimos recuerdos de la existencia á la manifestacion más ruda de las emociones de un espíritu apasionado; el dolor mal reprimido de un corazon lastimado por la pena, que se desborda en copioso llanto; la franca y no afectada alegría de un sér noble y sencillo, ageno á fingimientos cortesanos; figuraos que todo esto os lo narra una voz desconocida vibrando en vuestro oido sin que podais averiguar quién la modula, y tendreis la poesía del pueblo que ora relata, ora interrumpe su narracion con naturales diálogos y rie, cuando rie, á boca llena, y si

llora lo hace á grito herido, como el ingénuo campesino que jamás disimula sus afectos.

Y esto son los romances que doy á la estampã; historias sencillas, tiernas *baladas* de amores y leyendas místicas, representantes de las tendencias, la historia y las costumbres de una edad pasada. Ellos son del humo de sus ruinas los últimos restos que vagan en el espacio, próximos á extinguirse; el espíritu errabundo de la Edad Media aprisionado en este libro como en mágica redoma, donde pueden estudiarlo, cada uno bajo prisma diferente, el historiador, el filósofo y el artista.

Y deben fiar sin escrúpulo en la autenticidad de esta coleccion; que al convertir en escrita la tradicion oral, tuve muy en cuenta la necesidad de que los romances aquí publicados fueran irreprochables documentos de estudio, presentándolos, por tanto, íntegros y descarnados, ni más ni ménos que como el vulgo los conserva; y aunque uno de mis propósitos es tambien hacer propaganda en pró de la belleza de sus formas literarias, como creo inútil añadir pulimentos y adornos á lo que, si bien entre imperfecciones, los ostenta con arrogancia, he prescindido de preocupaciones originadas por el refinamiento del gusto literario, no queriendo seguir las huellas ni del Vizconde Almeida en cuanto á los romances portugueses, ni de Amador de los Rios respecto á los de Astúrias, quienes los retocaron y pulieron, ora llenando vacíos con amanerados conceptos, ó sustituyendo arcaísmos y palabras anticuadas á otras más modernas. Únicamente de vez en cuando me permití refundir en una dos ó más versiones de un romance, si estas eran de importancia escasa y publicadas todas ellas pudieran dar extension demasiada y un tono algo monótono á esta publicacion.

En la precision de ordenar y metodizar los romances aquí coleccionados, he creído conveniente no seguir

las clasificaciones adoptadas por los que me precedieron en trabajos de igual índole, sino respetar la que dan hecha esos cantares, si atendemos al fondo de sus narraciones. De otra manera sería imposible marcar á todos ellos el lugar correspondiente. Grimm, Depping, Ochoa Durán, Wolf, Almeida, Braga, etc., etc., hicieron clasificaciones generales y *à priori*, yo establecí *à posteriori* un orden exclusivamente para las leyendas recogidas, y adecuado á la índole de los asuntos que tratan; bueno ó malo, es el único que les conviene.

Algo debo decir de la mayor ó menor moralidad de estas leyendas, ya en cuanto á la forma de expresion que algunos juzgarán poco recatada y digna, ya en relacion al argumento, fábula ó asunto.

No hay que confundir la ingenuidad candorosa de la mujer campesina con la desenvoltura licenciosa de la cortesana. La moralidad y la perversion más se revelan en la forma que no en el fondo de las acciones; porque en aquella es donde se transparentan la malicia y la intencion, manifestaciones de la voluntad necesarias para que un acto pueda ser imputable.

En los romances á que hago referencia no se vé sino la rústica franqueza de los pueblos patriarcales y la sencillez de los relatos bíblicos. Tal es el sentimiento que despierta su lectura, bien distinto del que se apodera del ánimo con la de esas novelas que álguien dirá más cultas, donde los puntos suspensivos, las deshonestidades veladas por retruécanos y las malévolas reticencias dan un tinte más que pernicioso á semejantes obras.

Réstame, para concluir, hacer pública manifestacion de gratitud á todas cuantas personas han coadyuvado en algo á la formacion de este libro, ya franqueándome sus bibliotecas, ya auxiliándome en la recoleccion de los romances; y muy especialmente al Sr. D. Rodrigo Amador de los Rios y Villalta, que, con desprendimiento y